

EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 29 Abril 1915.

Número 17.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

AUTOBIOGRAFIA

Acepto su invitación, amigo Naken. Al cabo y al fin, esta autobiografía será el único *auto* que yo haya logrado en mi vida trabsjosa, afanosa, aperreada, de político militante enamorado del ideal, porque los *autos* judiciales de prisión no los cuento; son gajes del oficio.

Como mi labor republicana, abnegada, modesta, tan modesta como perseverante, ha sido obra de soldado de fila, no es fácil que encuentre usted quien le hable de «mi vida y milagros» en EL MOTÍN.

Eso he de hacerlo yo, correspondiendo á su amable y público requerimiento, para que los lectores del periódico no se pregunten al ver en él mi retrato: ¿quién es éste?

Nací en Almería en Septiembre de 1860. Me bautizaron como en la época era imprescindible. La revolución septembrina me bautizó luego intelectualmente. De ese bautismo arranca la formación de mi carácter y la orientación de mis ideas anticlericales y republicanas.

Nací en una familia en la que padres, hijos, primos, todos eran republicanos; en una familia que fué excomulgada por leer las cartas de Tayllerand á no recuerdo bien qué Papa.

Vine siendo niño á Cataluña.

Era á raíz de la sublevación federal. Mi hermano mayor, Eugenio, con Joaristi y Suñer y Capdevila (el mayor), se había sublevado en el Ampurdán.

Dijeron á mi familia que mi her-

mano iba á ser fusilado, y despreciando una situación económica envidiable que se nos ofrecía en Garrucha, vinimos á Barcelona para acompañar á uno de la familia en sus últimos momentos.

Frecuentaban nuestra casa Altadill, Roca y Roca, Lostáu, López Bernagossi, Tutáu, Roberto Robert, todos los republicanos de aquel hermoso período.

Al proclamarse nuestra fugaz República de 1873, fui con otros muchachos de mi edad, á vitorearla en la Plaza de Armas del Castillo de Montjuich, que luego había de ganarse el nombre de *Castillo de los tormentos*.

Afirmando sus convicciones liberales, mi padre y mis cuatro hermanos se alistaron en los batallones de voluntarios para perseguir al carlismo en armas. No habiendo plaza de oficial que ofrecer á mi hermano mayor, se le adjudicó la de capellan, que figuraba en la plantilla de uno de los batallones de las guías de la Diputación. Es conocida especialmente en la provincia de Gerona la historia del capellán del 8.º que algún amigo narró en la prensa.

Yo como era niño no pude acompañarles, aunque ya en 1870, cuando la sublevación que Derch capitaneaba en Gracia contra las quintas, *pasaba* los partes que me confiaba el Comité Republicano Federalista de la calle de Raurich para los sublevados.

Mi hermano Eugenio me llevaba de la mano á los *clubs* de aquel entonces para que aprendiera, como hoy ciertos conspicuos republicanos llevan á sus hijos á los colegios jesuíticos para que les introduzcan... su ciencia.

Criado en tal ambiente, con los preceptores que ya he indicado, yo no podía ser sino lo que soy, lo que siempre he sido: republicano irreductible con la vista intelectual fija en otras formas de organización sociológica que realicen mejor los eternamente perseguidos ideales de libertad y justicia.

No he ambicionado cargos ni representaciones. Me he negado á ser concejal varias veces por estar convencido de que se pone en un aprieto á los elegidos dada nuestra defectuosa y tiránica organización municipal. No he querido ser candidato á la Diputación en Cortes porque he considerado que no sé si por culpa

de los hombres, que se ciegan al sentarse en los escaños del Congreso, ó por culpa del sistema, la labor de los diputados es nula, y ahí está la historia parlamentaria para demostrar la esterilidad de nuestras bizantinas luchas.

Una vez me presté á ser candidato por el distrito de Manresa Berga. Sabía de antemano que no había de triunfar y acepté el honor sólo por lo que tenía de lucha, por despertar á gentes que no habían sido en su vida más oradores que el cura, por echar los cimientos de una organización republicana que, luego, los que debían robustecerla han descuidado, sin duda porque no vale la pena de cultivar distritos que si pueden dar republicanos, es difícil que brinden en mucho tiempo las actas codiciadas por algunos.

Labor de sembrador humilde la mía, la he realizado con desinterés y perseverancia desde la tribuna pública, desde el libro, desde el periódico.

Si he rehuido los honores, nunca hurté el cuerpo al peligro.

Si la ingratitud y la injusticia me han hecho más de una vez su víctima, me he encogido despreciativamente de hombros y he vuelto á ahondar el surco ó á sembrar en él la semilla de la idea.

Que mi labor no me ha reportado personal provecho, que me ha conquistado el título de *Tonto de solemnidad* que me da el amigo Naken, bien está, y voy con el director de EL MOTÍN en excelente compañía; pero la tranquilidad inefable de conciencia que da el sentimiento del deber noblemente cumplido, esa bienaventuranza de los que no creemos en el cielo, no me la quitan ni los desagradecidos, ni los injustos, ni los vivos, que de mí y de otros como yo se sirvieron para escalar altos puestos en la sociedad, desde donde escupieron luego su desprecio sobre el rostro de los que ayudaron á su encumbramiento.

CRISTÓBAL LITRAN

Badalona 17 de Abril de 1915.

Amigo Litran: Poder escribir con la frente alta esa autobiografía, debe enorgullecerle. Si todos los que han sido concejales, diputados y jefes pudieran firmar una así, no se verían tantos en entredicho ni el republicanismo tan desquiciado.

Los hombres como usted, que tra-

bajan y no disputan puestos; que acuden siempre donde pueden prestar un servicio y huyen de exhibiciones teatrales y ridículas; que no desmayan ante las contrariedades ni convierten en oficio lucrativo la política, esos son los que han impedido que el republicanismo desaparezca.

Nada tiene usted que agradecerme por dar su retrato en EL MOTIN. He querido honrar en su persona a todos los consecuentes y los abnegados del partido: los más.

Si publiqué en otro tiempo los retratos de casi todos los de primera línea, en adelante únicamente honrarán sus columnas los que sacrifican algo por el ideal, sobrándoles condiciones para abrirse camino en cualquier campo.

Respecto a su creencia de que no encontraría quién me hablase de su vida y milagros, tengo el gusto de recomendarle que se fije en el artículo que va a continuación.

Cristóbal Litrán

Un deber de amigo que seguramente me valdrá un reproche, me obliga a corresponder a la invitación que desde las columnas de EL MOTIN del 18 del próximo pasado nos dirige el señor Nakens.

Hace veinticinco años que conservo con Litrán íntima amistad, y desde esta fecha he compartido con él sus penas, que han sido muchas, y sus alegrías, que han sido muy pocas: puedo, pues, decir con orgullo que le conozco tanto como el que más, por no decir más que nadie.

He dejado transcurrir tres semanas, he visto aparecer tres nuevos números de EL MOTIN, y al notar con honda pena que nadie cogía la pluma para hablar de ese hombre singular, he me decidido a hacerlo, yo que ni siquiera soy periodista ni podré expresar como quisiera los méritos y las virtudes de ese grande hombre. Sí, Cristóbal Litrán es un grande hombre. Es toda una personalidad; pero no un personaje oficial, ridículo, instituido como tantos otros obligatoriamente desde las columnas de la Gaceta, sino que lo es por su valía, por su nobleza, por su inacabable bondad y constancia inquebrantable en las ideas que jamás traicionó por nada ni por nadie, sin que le sirvieran de escabel para encumbrarse, antes bien ha sido para él la pesada cruz con la cual ha seguido y va siguiendo todavía la penosa ruta del Calvario con la misma resignación que la llevara el mártir del Gólgota, pues es de los que creen que todo sacrificio por la causa de las ideas es poco, y por eso nunca ha desfallecido a pesar de haber sido

víctima de innumerables traiciones por parte de muchos que se llamaron sus amigos.

Erase allá por el año 1905, cuando Litrán desempeñaba un importante cargo en la sucursal del Credit Lyonnais de Barcelona que le permitía llevar una vida cómoda y reposada. Requerido por sus correligionarios de Reus que no ignoraban lo mucho que valía, dejó la espléndida colocación y allá fué a dirigir el periódico federal *La Autonomía*, no en busca de mejor bienestar material que nunca le preocupó, sino tras de su sagrado ideal político y social, en plena juventud, dispuesto a emplear sus poderosas energías por la sacrosanta causa de la Democracia y de la República.

Su actuación en la vida política de la provincia de Tarragona fué activísima durante varios años, contribuyendo más que nadie a la republicanización de aquella liberal provincia. Su voz y su pluma no cesaron un momento de batallar contra todas las injusticias, fustigando a los poderosos y defendiendo a los déiles y desheredados de la fortuna. Su casa era un refugio de todos los perseguidos por la justicia histórica; cuántas veces compartió Litrán el pan que para sí no era suficiente! ¡Qué de cosas podría decirnos de su generosidad, si viviera, aquel rebelde ruso, aquel pobre físico expulsado de todas partes y acogido paternalmente en su hogar, Ivan Ivanoff!

Desde aquel diario que escribía casi solo, surgió por su iniciativa aquella memorable asamblea de Unión Republicana que fué el preludio de la otra celebrada años después en Madrid donde se proclamó la jefatura de Salmerón.

Su actividad en los preparativos de la Asamblea fué grande, recorriendo con unos cuantos amigos gran número de pueblos de la provincia, preparando los ánimos para el mayor éxito de la misma y limitándose después de organizada a figurar en el último lugar.

Si meritísima fué su labor política, no lo fué menos su labor social, pues escribió mucho en pro del cooperativismo, y lo que es más, fundó una cooperativa en Reus que adquirió mucha preponderancia y otra en Vimbodi no menos importante.

Pero le pasó lo que les suele pasar a la mayoría de los hombres demasiado buenos y honrados; su meritísima labor no solamente dejó de ser recompensada, sino que envidiado por cuatro caciquillos con etiqueta republicana a quienes él mismo había sacado de la ignorancia y obscuridad en que vivían, fué vilipendiado é infamado, amargándole así la existencia en aquella población.

Desaparecida *La Autonomía* por

falta de recursos y por la obstinada persecución de las autoridades que la denunciaban diariamente, no sin antes haber hecho Litrán todo lo imaginario posible para sostenerla, fundó más adelante la revista semanal *Pandemonium* en la cual colaboraban ilustres personalidades y que dejó de existir por semejantes motivos.

Para dar una prueba del odio que este hombre inspiraba el elemento clerical, citaré el siguiente caso.

Necesariamente obligado a buscarse un medio de vida, gracias a la generosidad de un amigo que le anticipó unas pesetas, estableció un pequeño comercio de mercería que entregó al cuidado de su esposa, mientras él daba lecciones de francés a unos pocos alumnos que tenía. Al principio el establecimiento marchaba bien, pero he aquí que, enterarse de ello la gente de sotana y verse obligado a cerrar, fué cosa de un mismo tiempo; se le hizo una guerra furiosa, los curas desde el confesionario aconsejaban descaradamente a las esposas de los anticlericales que se abstuviesen de hacer compras en casa del impío Litrán.

Si tras de tanto maquiavelismo todavía le quedaban algunas simpatías entre los primates, acabó de perderlas el día en que, con la impetuosidad propia del hombre sincero y convencido, en medio del salón de sesiones del Ayuntamiento de Reus silbó estrepitosamente al grito de ¡viva la República! a la farsante mayoría que con motivo de la visita que debía hacer el Rey a dicho salón, cobardemente acordó retirar la lápida conmemorativa del primer matrimonio civil que desde mucho tiempo allí se ostentaba.

Y de Reus, patria de Prim, población de abolengo liberal, la ciudad de los entierros civiles, la más republicana de España, como alguien la llamó, Litrán tuvo que emigrar por demasiado republicano y librepensador. ¡Qué vergüenza!

Al regresar a Barcelona, Francisco Ferrer, que sólo le conocía por lo que de él había leído, enterado de su llegada fué a su domicilio a ofrecerle la dirección de su Casa Editorial en donde prestó sus servicios traduciendo la mayor parte de las obras que allí se publicaban, hasta que llegaron aquellos aciagos días en que junto con la familia Ferrer y demás empleados de la casa fué desterrado a Alcañiz y Teruel.

De cómo cumplió su misión en casa de Ferrer, no hay por qué hablar; el hecho de que le nombrara albacea testamentario dice en su favor muchísimo más de lo que yo pudiera decir; y en cuanto a su gestión de albacea, no es posible que nadie interpretase mejor y más fielmente la voluntad del difunto.

En cuanto á su intervención política en Barcelona, es conocidísima de todos los que la seguimos de cerca. Desde su regreso de Reus no ha habido mitin en pro de alguna causa justa ó contra alguna injusticia en que Litrán no haya tomado parte, figurando también como redactor de *El Progreso* y otros periódicos radicales, en los que ha escrito infinidad de artículos bajo su firma ó la de su pseudónimo *ecle*, siendo preferentemente el clericalismo el blanco de sus ataques, de quien es inexorable enemigo, pues le ha considerado siempre como la plaga más terrible que sufre la humanidad, y del cual ha experimentado los efectos de sus garras, siendo varios los procesos que ha sufrido perseguido con saña inaudita. Del último que se le siguió habíale absuelto el Tribunal militar de Barcelona; pero llevada su causa al Supremo, fué revocada la sentencia, y se le condenó. Huyó á Montpellier, de donde regresó hace poco acogiendo á la amnistía.

Y no obstante, ese hombre que tanto bien ha hecho, que tanto ha trabajado por los otros, que tanto ha contribuido al encumbramiento de personajes y que jamás ha pedido nada para sí, no tiene ni siquiera influencia para colocar un peón en las brigadas municipales de Barcelona.

Muchísimo más podría decir de Cristóbal Litrán, pero las columnas de *EL MOTIN* no son muy largas.

Varias son las obras que ha escrito y muchísimas las que ha traducido de diferentes idiomas, pero no hablaré de ello porque no pertenece á mi incumbencia.

Yo solo me he propuesto hablar de él en su aspecto moral y político, y confieso que es el más pulcro, el más abnegado, el más noble, el más bueno que he conocido en mi vida.

Para terminar quiero exponer el juicio que me merece su excesiva bondad. Litrán ansía vivamente una sacudida revolucionaria porque opina que es la única manera como puede redimirse este desgraciado país; pero yo que le conozco mucho, que he tenido ocasión de profundizar en su espíritu, tengo la íntima convicción de que si algún día llegara la deseada ocasión de dirimir con las armas en la mano los asuntos que tenemos pendientes con la monarquía, aunque sería de los primeros en tirarse á la calle, lo haría á la manera del gran Reclus cuando la Commune de París, marcharía con el arma descargada dispuesta á que le matasen antes que dañar á nadie; la bondad de su gran corazón contendría los impulsos de la voluntad.

JUAN RATÉS

Rubi del Vallés, 15 Abril de 1915.

MAURA

Pronunció su anunciado discurso en el Teatro Real, y estuvo tan elocuente como de costumbre, dirigiendo frases aceradas á derechas é izquierdas, como de costumbre también.

Afirmó que todo estaba aquí desquiciado, y que la monarquía y la religión eran consustanciales con la vida nacional, es decir, las dos instituciones que nos han puesto como estamos.

Defraudó las esperanzas de los suyos, pues declaró que no deseaba el poder; y las de las derechas, al ponerse de parte de los aliados en la catástrofe europea.

Como se ve, el discurso no respondió á lo que sus partidarios esperaban, pero el acto dió ocasión para que resultara La Cierva hecho añicos, pues ha dado pretexto á la opinión para formular estas preguntas:

¿Por qué no asistió al teatro el principal causante de la odiosidad que pesa sobre Maura? El más rudimentario deber como hombre, y la más pequeña noción de dignidad como político, le obligaban á ello. Hasta por cálculo debió ir.

¿Qué pinta él políticamente sin Maura? Nada: queda reducido á uno de los muchos desahogados que van á lo suyo; uno más de los que piden patentes de suficiencia á la desaprensión.

Maura, en cambio, no lo necesita. Hombres que en la prosperidad adulen bajamente, y vuelvan la espalda en la adversidad, los encontrará en cualquier parte.

No obstante pensar así, reconozco que La Cierva ha prestado y presta todavía y prestará siempre (claro es que sin su voluntad) un gran servicio á Maura: el de desvanecer en gran parte la odiosidad que inspira, al compararle con la que sentimos todos hacia el bravucón entre sanguinario y ridículo, que en Julio de 1909 nos indignó y asqueó con sus innecesarias y crueles baladronadas.

Varias veces he pensado que, si por cualquiera de esas aberraciones políticas, frecuentes en nuestro país, pudiera Maura ser llamado al poder, la perturbación que se produjese sería mucho menor si prescindiera de La Cierva. Su exclusión permitiría suponer que la idea de venganza y represalias no entraba principalmente en el programa del nuevo Gobierno.

Porque no hay manera de negar esto:

Maura representa en el partido reaccionario lo gallardo: La Cierva, lo siniestro. Podrán ir los dos al mismo fin, mas no inspiran la misma repulsión; como no la producen igual el león que la hiena, el águila

que el buitre, á pesar de que todos ensangrientan sus garras y su pico. Hay clases hasta en lo monstruoso.

JOSÉ NAKENS

Sobre mi matrimonio

El Concilio de Trento en la Justicia española.

Queríamos, pues, en que los tribunales españoles, vienen á ser, genéricamente, tribunales eclesiásticos; y que, por tanto, llevan eclesiásticamente prejuzgadas las cuestiones con la Iglesia. El Ministerio Fiscal lo dijo escuetamente: «El Concilio del Trento es ley del reino»; y sobre tal enunciado, levantó el argumento que vimos, y cuyo análisis vamos á continuar.

Contra la tesis que puso de moda Maura, presento la tesis contradictoria: «El Concilio de Trento no es ley del reino». Y he aquí las pruebas.

El único «reino legítimo» que pueden invocar los jueces en los tribunales como funcionarios de la nación, es el determinado por la Constitución del Estado, jurado por los monarcas y por los empleados. Es así, que ese Estado asume su soberanía propia contra los principios políticos del Concilio de Trento y somete á la Iglesia á las leyes generales de la nación, y no viceversa, según el Concilio. Luego el Concilio de Trento no es ley del reino, sino anticonstitucional. Luego la afirmación eclesiástica es falsa en su principio, revolucionaria en la práctica y facciosa contra el orden establecido.

Maura, como abogado, pudo soltar esa andanada; el magistrado debe moderarla al respeto exigido por la Constitución, fuera de la cual no hay legitimidad.

Mas, descendamos de la altura del principio constitutivo del Estado á consecuencias prácticas pertinentes al caso.

Habiendo hecho constar la Defensa los muchos años que el demandado llevaba de separación del oficio eclesiástico, deduciendo de ahí la caducidad de los efectos civiles de las órdenes sagradas, el Fiscal replicó:

«La orden imprime carácter y es indeleble á perpetuidad; tal lo enseña la Iglesia. Luego el demandado debe ser considerado, á tenor de la ley, «ordenado é incapacitado para el matrimonio civil.»

Pongamos un comentario previo. Uno de los males que hemos de deplorar los españoles es la falta de ciencia de los profesionales con respecto á su oficio, sin excluir al clero.

Tratándose de negocio de tanta monta y calidad, en el cual se involucran la moral y el derecho humanos, la moral y el derecho internacional, las regalías de la corona y el ultramontanismo, el fuero civil y el canónico, el dogma y la política, el honor del individuo y la constitución de la familia, caso tal—digo—parece reclamar de los oficiales del reino que hayan de tratarlo, un estudio hondo y un lenguaje cauteloso y preciso, que deje en buen lugar la seriedad de la justicia nacional.

Sin embargo, vamos á ver ahora mismo algo sorprendente, y aun chocante y realmente deplorable para el buen sentido. Y es esto: Antes del art. 83 del Código, que incapacita á los ordenados, hállase el art. 42, que incapacita para el matrimonio civil «á todos los que profesen la religión católica», los cuales «deben contraer el matrimonio canónico».

No voy á tratar de la legitimidad de tales artículos, que si los jueces no pueden discutir, podemos discutir los nacionales: sobre ellos me limitaré á llamar la atención de los diputados que en su día exijan su derogación, señalándoles una pista por donde quizás puedan acusar la ilegitimidad de tal artículo, ó sea en las gestiones hechas acer-

EL MOTÍN



Cristóbal Litrán.

ca de ellos por la Iglesia á espaldas del Parlamento, y por ende, por vía ilegítima. Aceptemos los textos tales como están, y discurremos serenamente.

El artículo 42 suscitó entre la Iglesia y el Estado el pleito de competencia para definir quiénes son católicos y quiénes no. La Iglesia sostuvo y sostiene que son católicos todos los bautizados, y que están sujetos á sus leyes perpetuamente, aunque estén excomulgados.

El Estado resolvió en la práctica, que dejaban de ser católicos para el caso los que declarasen ante el juez no profesar tal religión, y aun la Real Orden de 28 de Agosto de 1906, prohibió este requisito, declarando el matrimonio un derecho asequible á todos los nacionales por la simple llamada á las puertas del Derecho, en lo cual fué vencido el Estado por el ímpetu del obispo de Tuy y del arzobispo Guisasaola, que tuvieron fuerza bastante para reponer la barrera de la declaración previa.

Seguramente, el mismo funcionario que en nuestro litigio dijo lo que dijo, en los casos suscitables sobre el art. 42, sostendrá la honestidad, licitud, legitimidad y necesidad imperiosa de la práctica jurídica, y fallará que, el católico por el bautismo deja de serlo por su voluntad, mediante la fórmula anti sacramentaria de la susodicha declaración, si tiene ideas reaccionarias el funcionario; ó mediante la simple comparación ante el Juzgado, si pertenece al partido liberal.

Y en este supuesto, ¿puede ignorar algún funcionario que, según el dogma eclesiástico y de Trento, el bautismo es raíz y puerta de todos los demás sacramentos, de necesidad previa para todos, y que imprime carácter absoluto, irrefragable?

Y esto sabido, ¿no se sabe también que sin el bautismo no hay validez de orden sacro; y que probada la nulidad de aquél, queda por ello mismo anulada la orden? Esto es dogma elemental de la Iglesia; quien lo dudara, sería nereje.

¿Pues, no es evidente que el Estado no reconoce la indelebilidad del bautismo para los efectos civiles, y que se ha hecho hereje contra la Iglesia de igual modo que ésta se ha hecho facciosa contra el Estado al promulgar, según vimos, que «toda unión de bautizados en la Iglesia», «AUNQUE TENGA VIRTUD DE LEY CIVIL no es otra cosa que un torpe y nocivo concubinato» (1).

La contradicción y lucha son notorias:

DICE LA IGLESIA

Es católico todo el que fué bautizado; el bautismo imprime carácter.

La unión entre católicos constituye siempre sacramento; su validez de legitimidad y honestidad, está en la ceremonia eclesiástica del Concilio.

Fuera de ella, todo matrimonio es nulo y torpe concubinato.

El conocimiento de los pleitos incumbe sólo á la Iglesia.

DICE EL ESTADO

La Ley reconoce el matrimonio civil (artículo 42) de los bautizados que lo pidan.

El juez municipal es el competente para autorizarlo.

Es nulo todo matrimonio celebrado sin la intervención del juez municipal art. 101.

Los tribunales civiles conocerán de los pleitos de nulidad (art. 103).

¿Rige ó no rige en España el Concilio de Trento en lo concerniente al matrimonio? ¿No está rechazado en principio por la Constitución del Estado, y en sus términos concretos por el propio Código civil?

Y si está rechazado en cuanto al carácter indeleble del bautismo, mucho más se supone rechazado en cuanto al carácter estigmático derivado de aquél, cual es el del orden sacro.

Como se ve, no se trata de un simple argumento de paridad, sino de algo más substancial, pues no son la orden y el bautismo dos sacramentos recíprocamente independientes, sino que el uno es de necesidad previa del otro; tanto, que sin el bautismo la ordenación es nula, y probada la nulidad de aquél, se dan por nulos todos los demás actos.

(1) Instrucción de la Penitenciaría romana á los obispos. 15 Enero 1866.

Tenemos, pues, á la justicia española colocada frente á frente del bautismo en todos los casos de matrimonios civiles intentados por bautizados, y colocada frente á la ordenación en nuestro caso.

Para la solución del primer conflicto la justicia oficial ha establecido de manera ya inconcusa que el carácter civil del bautismo queda corado por la voluntad expresa del bautizado, diga lo que quiera en contrario la Iglesia en sus dogmas y cánones.

Mas, la solución contraria dada por los tribunales inferiores á nuestro caso pone, de manifiesto la actitud de doblez de la justicia: regalista, contra el bautismo; papista, en cuanto á la ordenación; es decir, dos pesos y medidas, en la cual doblez la ética hace consistir la falta de equidad.

Y antes de pasar adelante, conviene acentuar una nota especial. En los autos y en el aire que los circunda, repetidas veces he advertido un cierto afán de mostrar celo religioso y fervor cristiano, en la actuación judicial. Si esta suposición no es errónea, interesa demostrar lo equivocada que anda la piedad de tales funcionarios.

Pues deben saber que la indelebilidad del bautismo para los efectos que aquí tratamos, es dogma elemental y principalísimo de la fe católica; la historia nacional se ganó páginas brillantes en el debate de donde surgió el dogma.

Mas, el carácter celibatario de la ordenación, no es dogmático, ni mucho menos; es una simple regla de disciplina, adoptada por la Iglesia cuando eran ya viejos todos los sacramentos, y que no ha llegado á tener vigor universal, sino que es una regla latina, y aun dentro de ella y en su corta duración, no logró jamás vigor absoluto, pues el Papa se reservó la facultad de dispensar, cuando lo exigiese la justicia del caso particular, ó la política del bien general.

He aquí, pues, al Estado español y á sus funcionarios judiciales arrollando á toda la Iglesia, al tropezar con el dogma fundamental del bautismo, y, viceversa, arrollando á cuanto veremos arrollado al tratarse de un tenue y nimio monopolio pontificio de efímera disciplina.

Interesa, pues, grandemente revelar el verdadero carácter espiritual y moral de esa situación comprometida de la justicia española: brava y cesariata, enfrente del dogma substancial; pacata y escrupulosa, frente á la minucia disciplinaria.

Dejando á salvo las intenciones, y presuponiendo que en esa doble actitud no hay maldad teológica, por faltar el conocimiento perfecto de las cosas, no cabe disimular que, si en el individuo particular puede mediar disculpa, no debe ser admitida en el organismo general de la justicia, y á ella hay que ponerla á la vista el espejo evangélico del que tropezaba en el grano de arena y saltaba montañas.

No es de religiosidad tal espíritu, es de perfecto ultramontanismo, contra el cual la España católica tuvo que librar continuas y sangrientas batallas, sin por eso sufrir merma su espíritu religioso.

Quizás encuentren en ese punto algún elemento de juicio para la polémica que sobre ello han abierto *La Epoca*, *El Liberal* y *El País*, y de la cual me haré cargo oportunamente. Por lo pronto, aquí acabamos de ver que no es la esencia religiosa lo que motiva el escrupulo del Estado, ya que hace *man balsa* del bautismo, sino algo accidentalísimo de la Iglesia y extraño al dogma, y por ende, no se trata de un pleito religioso, sino de un negocio político.

Terminaremos hoy con una consecuencia chusca por demás, que apuntó ya el Sr. Barriobero en su discurso.

De la práctica judicial española se desprende que los nacionales pueden dejar de ser católicos, si lo fueron; pero no pueden dejar de ser eclesiásticos, si acaso lo hubieren sido.

Esto es: el español puede dejar de ser

miembro de la Iglesia sin dejar de ser ministro suyo.

He aquí perfectamente destinada la orientación teológica del Estado español: una cosa es la Iglesia y otra distinta el clero. De la Iglesia se puede renegar; del clero no. El carácter del bautismo es civilmente de eble, aunque dogmático; el clerical es indeleble, aunque ajeno al dogma.

La consecuencia última será la de ver pervertido el artículo de la Constitución que dice: «la religión del Estado es la católica, apostólica, romana», por este otro: «la religión del Estado es el clericalismo».

S. P. O.

Para contestar á lo afirmado por Maura, de que la monarquía y la religión son necesarias en España, nada mejor que reproducir el juicio que acerca de ese extremo emitió Eugenio Sellés, historiador concienzudo, aunque religioso y monárquico:

El pasado monárquico

¡Ah! ¡Principios históricos, intereses seculares, tradiciones nacionales! Hermosas palabras si tuvieran algo dentro, ó, mejor dicho, si no tuvieran tanto malo dentro.

Preguntad por las tradiciones religiosas, y os responderán de ellas aquellos reinos y aquellos reyes espiñoles excomulgados por los Papas, y aquellos Papas desobedecidos por los reyes y por los reinos; aquellas iglesias expoliadas por los nobles, aquellos obispos destituidos por los pueblos, aquellos nuncios amenazados por los gobiernos, y aquellos ministros de Dios muertos por la saña de los poderosos.

Anudad las tradiciones monárquicas y os caerá sobre la frente el polvo de los tronos derribados por las revoluciones desde Alfonso III hasta Carlos IV, y la sangre de los monarcas heridos por el puñal de los vasallos desde Ataulfo hasta Fernando V.

Anudad las tradiciones políticas y oiréis el rugido incesante de los tumultos, mezclado con el cuchicheo mordaz de las intrigas; y veréis aquí el ceño orgulloso de los favoritos que disponen del espíritu de sus reyes como Mefistófeles de Fausto, y allí la sonrisa lujuriosa de las favoritas que disponen de los destinos del reino como de las joyas de su tocador.

Anudad las tradiciones caballerescas y os saldrán al paso las sombras de aquellos políticos alevos que se vuelven contra la patria, venden al rey, hacen traición al partido y engañan al amigo.

Anudad las tradiciones administrativas y encontraréis en larguísima procesión aquellos avaros que miran con ojos de sátiro al poder, y con ojos de muerto á la dignidad; y os persiguirán aquellas turbas que

se disputan á codazos el empleo, y aquellos simoníacos que trafican con la gracia y la justicia del Estado; y sorprenderéis á aquellos rateros que, sentados sobre el arca pública, llenan sin tanto disimulo como afán, sus bolsillos con el oro hurtado á las fatigas del contribuyente y á las necesidades de la nación.

Abrid, los que evocáis los espectros de lo pasado, abrid el sepulcro donde duerme el cadáver de la monarquía consuetudinaria, y tras el guerrero escudo que la cubre, bajo la bandera que, como gloriosa mortaja, la envuelve, sobre las armas enmohecidas que la acompañan, se os mostrará, hediendo todavía, la podredumbre que la consumió. La política aplicada á la satisfacción de apetitos ruines y sensualismos torpes. Trocado en oficio de salteadores ó farsantes el arte del gobierno. La impureza prevaleciendo en los procedimientos usados para conseguirlo, en los medios para conservarlo y en los fines para que se pretende. La fuerza arrojando de su altar al derecho; la intriga venciendo á la razón, el favor á la justicia, á la idea la persona, al patriotismo la bandería, el caudillaje á la opinión, y la codicia al deber; grandes impudencias que se extienden como mancha repugnante sobre la inmensa hoja de nuestros anales desde que España tiene vida propia entre las naciones hasta

¿hasta sabe Dios cuándo! porque, ¿quién, historiador ni profeta, será tan feliz que pueda poner el punto final de esa triste oración, ni cerrar el libro, siempre abierto, de las miserias políticas y los infortunios sociales?

EUGENIO SELLÉS

A un Fiscal y á muchos

Epístolas morales

Me pregunta usted, qué norma puede trazarse en su oficio de fiscal. Si acepta el principio absoluto del Estado, «no hay más justicia que la legal», queda renegado el principio religioso «no hay más ley que la justicia». Si no lo acepta ¿cuál Gobierno le confiará á usted en el cargo?

En todo acto judicial, hállese el litigio entre un reo y una ley, nunca desvinculable de su objetividad y su personalidad real, ó sea el *bien común* que representa hipotéticamente: como tampoco el reo es desvinculable del *bien común* del cual es miembro y parte integral.

Así es que desde el primer momento, el fiscal se halla colocado entre dos escollos igualmente peligro-

sos para su conciencia: pues, tanto falta é igual responsabilidad contrae si agravia á ese «común» y á ese Público en la persona de la ley, como en la persona del reo.

Dirá usted, y desgraciadamente con razón, que el funcionario judicial, por virtud de una larga serie de circunstancias, está propenso á sacrificar el reo á la ley, y á salvar á ésta á todo trance. Este espíritu manifiéstase en los discursos judiciales. Sin embargo, si usted se fija, observará que aquellos mismos que en tales casos exageran el fuero y honor de la ley contra el reo, en casos determinados saben invertir el sacrificio. En la oratoria forense, ora aparece la ley como ídolo sagrado al cual debe ser sacrificado el individuo, ora es enaltecido el honor del individuo sobre el de la ley. Y en resumen de cuentas, se llega á la triste convicción de que no es oro todo lo que reluce en el arca del altar, ni es siempre el *celo social* y del bien público el que mueve unos y otros discursos, sino el provecho que en cada caso particular saca el funcionario particular.

No siempre el triunfo de la ley sobre el individuo resulta provechoso al pueblo que se la impuso. Los escarmientos en este orden prueban categóricamente la realidad de la justicia inmanente en la humanidad y en el ambiente; justicia que actúa por caminos no siempre visibles y á veces sorprendentes para quienes la provocaron.

Dentro del mismo cuerpo social, esta justicia inmanente que vive universal en el hombre como brújula práctica de la razón, produce desde luego el *asco* en los espíritus superiores, que poco á poco se infiltra en las masas. Más tarde produce en el público el horror á la *función judicial*, ocasionando el estado que actualmente vemos en España, de ser mirada con espanto la justicia por todo el que es atraído á ella, y con cierta aversión por todos, aun los más inocentes.

Este aparente absurdo, evidencia que siendo en teoría, ante la *Razón Social*, la función legal la más esencial para la vida, el *Instinto popular* la mira como nefasta: absurdo aparente—digo—pues la *Razón* aquella afirma la supremacía de la vida legal EN PRINCIPIO, mas el *Instinto* la odia, no en principio, sino en su *modo de funcionar*. Este es movido por aquella justicia inmanente que dictó el *principio*, del cual la institución se separó en su funcionamiento.

Tal estado de ánimo, puede usted comprobarlo en todas partes y á todas horas.

¿Qué fiesta hay que no resulte quebrantada, y cual contertulio deja

de alarmarse al oír decir: «¡el Juzgado! ó ¡la policía!» ¿No le produce á usted mismo distinta impresión de simpatía, el oír decir de un sujeto «es militar», ó bien «es fiscal» «es verdugo», es alcalde» ó «es juez»?

Diré más. No están en el mismo nivel de simpatía el «guardia municipal» que el «agente de la secreta».

Con todo, esos cargos y títulos son de la misma autoridad social; en el mismo Estado radican; de una misma razón emanan; y, sin embargo, en la sensibilidad pública gozan de distinta y á veces contraria estimación.

Y claro es que, cundiendo esas actitudes populares, se va formando el ánimo revolucionario, cuyos estallidos todos conocemos por la Historia, así como sus períodos incubatorios en la prostitución ó corrupción de la vida del Estado.

Todavía quizás me diga usted que eso de buscar el germen de las revoluciones en la injusticia oficial, es cosa larga de discutir.

Yo creo que no puede por menos de ser así; creo que el hombre posee el instinto de la justicia, más ó menos desarrollado; y que ese instinto por su propia naturaleza se irrita, y en llegando la sazón se rebela contra toda injusticia, aunque se la presenten disfrazada de santidad.

Pero no discutamos sobre esa sutil química de las reacciones morales; acudamos á la experiencia física y de grueso bulto.

Usted seguramente reconoce á estas horas que la Inquisición fué una grandísima iniquidad de las leyes de España. Ahora lo reconocen los mismos católicos, que descargan en la autoridad civil la responsabilidad de aquellas matanzas, callándose que la autoridad civil remataba á los reos para complacer á la Iglesia, que exigía á sus monarcas el juramento de tales remates.

Lo que ahora confiesan los propios jesuitas, atizadores de la Inquisición, lo dijo el mundo desde el principio. ¿Cree usted que España no he pagado con creces el precio de aquella iniquidad? ¿Cree usted que la iniquidad aquella no ha caído sobre el pueblo, haciendo que en el mundo se vea en la frente del español el estigma del Inquisidor? ¿Cree usted que este estigma no ha producido males sin cuento á los individuos y á la nación? ¿Cree usted que ese estigma no actuó en las guerras coloniales, como antes actuó en otras guerras? ¿Cree usted que el estigma no ha pasado á formar parte del *Estaduto personal* espiritual, que es perseguido actualmente en Méjico?

Quizás diga usted que también ahí puede discutirse. Pero no discutamos. Dos hechos le citaré solamente, uno por activa y otro por pasiva,

y ambos conocidos y experimentales.

Hace dos mil años hubo un Pueblo que, por medio de sus autoridades legítimas, condenó á muerte á un reo y lo ejecutó en patíbulo. Llevada la noticia por el mundo, éste examinó la causa: analizó el proceso, y emitió el veredicto de que aquella ejecución era un crimen. Había sido crucificada la Justicia, la Inocencia y la Virtud. Y el pueblo judío lleva dos mil años de expiación. Aun ahora, cristianos y turcos vejan y oprimen á los herederos de aquel pueblo. ¡Ahí tiene usted la consecuencia de un error judicial!

El otro caso... ese es, el que usted espera que yo le cite, y que ya no es preciso citar, toda vez que usted lo adivina. Ese... á él me refiero.

Ya ve usted cómo el triunfo del Estado á veces le ha costado la vida al pueblo que lo organizara. Ya ve usted cómo hay sentencias que el juez creía disparar sobre el reo, y que la Justicia inmanente ha hecho efectiva sobre la nación y en cada uno de los nacionales.

Usted me dirá: ¡Esos casos fueron extraordinarios, y no han de repetirse!...

Bien: lo mismo dijeron de ellos los jueces que dictaron aquellas sentencias. «No se conmoverán las esferas—decían—: no pasará nada...»

Y sin embargo, ha pasado.

S. PEY ORDEIX

Ante el Tribunal Supremo

Por haber publicado un artículo que le enviaron de *España Nueva*, reputado injurioso para el párroco de Yepes por la Defensa Social, se procedió contra Nakens, condenado en primera y segunda instancia y apelado ante el Supremo bajo la competente y hábil defensa de D. Emilio Menéndez Pallarés.

Ante el Tribunal Supremo la Defensa de Nakens ha alegado contra la Defensa Social jesuítica que, siendo supuestas injurias á una autoridad oficial del reino, requeriase la intervención fiscal, omitida, seguramente, por no estimar el Ministerio Fiscal la existencia de tales injurias, y que, de ser ciertas, quedaban indultadas por la amnistía.

La Defensa Social replicó que se trataba de injurias á un particular.

Las razones alegadas por Pallarés son poderosas:

1.º El calificar de injuriosos la propia Defensa Social ciertos hechos que sólo lo son en el párroco y no en el simple ciudadano.

2.º El hecho de instar la causa la *Defensa Social*, dedicada á defensa

del clero como tal y no como ciudadano.

Ante el Tribunal Supremo se ha planteado, pues, el conflicto de haber de deslindar este terreno.

Si se declaran injurias á particular, la jurisprudencia que se siente impedirá al Ministerio Fiscal la denuncia y el procedimiento de oficio sobre tales hechos. Si se declara lo contrario, las supuestas injurias al clero estarán sometidas á la prueba en el juicio, según está legislado en tales materias.

Al cerrar este número se ignora la inclinación y sentencia del Supremo. Al quedar ultimado este asunto, *EL MOTIN* se ocupará de él.

R. MAYOL

Sermón en honra de los ladrones

Yendo un misionero á una población de la Mancha, tropezó con una cuadrilla de salteadores.

El encuentro no le asustó, porque no llevaba un real; pero los ladrones, contrariados porque nada habían recogido, dijéronle:

—Amigo; por aquí nadie pasa sin pagar tributo; ni los pobres; no es justo que hagamos una excepción en favor de usted.

—¿Y qué es lo que los pobres dan?

—Cada uno lo que tiene.

—En tal caso estoy á disposición de ustedes.

Uno de los ladrones pidió permiso para hablar.

—Propongo—dijo—que ya que el Padre no tiene otra cosa, nos pague con un sermón.

—Aceptado—gritaron á una voz los bandidos.

El jefe se sonrió y dijo:

—Esa era exactamente mi idea. Queremos un sermón en elogio nuestro.

El fraile, viendo que no le quedaba otro recurso, subióse en el tronco de un árbol cercano, y dijo á los ladrones agrupados en derredor:

«Amigos míos: no puedo honraros mejor que comparándoos con Cristo cuando andaba por el mundo. Este será, pues, el tema de mi sermón.

Nuestro Salvador padeció mucho: vosotros también padecéis andando siempre fugitivos.

Trataba con escribas y fariseos: vosotros no estáis mejor relacionados.

Sufría á menudo la lluvia, el viento, el frío ó el calor: vosotros andáis lo mismo á la intemperie.

De todas partes le dirigían injurias: otro tanto os sucede á vosotros.

Cristo andaba descalzo: vosotros también carecéis de zapatos á veces.

Tenía sólo la túnica que llevaba: vosotros sólo tenéis esa ropa.

Fué tentado por el diablo: vosotros también lo sois continuamente.

Ayunó cuarenta días en el desierto: vosotros á menudo no tenéis pan.

Fué trasladado á lo alto de una montaña: vosotros subís á menudo á ellas para espiar á los pasajeros.

Tuvo hambre y sed: vosotros sufrís á menudo esas privaciones.

Los judíos buscaban ansiosos la ocasión de perderlo: la justicia hace lo posible por echaros mano.

Judas lo vendió: tal vez entre vosotros haya alguno que os traicione.

Fué preso y atado: vosotros también lo seréis algún día.

Compareció ante Herodes, Pilatos, Anás y Caifás: vosotros compareceréis ante vuestros jueces.

Fué maltratado: también vosotros habéis de sufrir malos tratamientos si no los habéis sufrido ya.

Fué crucificado y colocado entre dos ladrones: vosotros subiréis un día las escaleras del cadalso.

Descendió á los infiernos: también vosotros iréis por allá.

Después subió á los cielos: pero vosotros nunca lo veréis ni por el forro, porque viviréis eternamente con los demonios, para cuya compañía os recomiendo al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Amén.»

Como se ve, el sermón estuvo bien apropiado, pero se deslizó en él una solemne mentira: la de que Cristo descendió al Infierno. Si hubiera entrado en él, jamás hubiera salido.

Lucifer lo hubiera retenido en venganza de haberlo arrojado allí su padre.

Consultor de feligreses

—Un católico que dejase dinero para comprar sufragios ¿saldaría del Purgatorio antes que otro que murió en la miseria y no pudo dejar un céntimo?

—¡Qué poco tiene usted que hacer, amigo, cuando pierde el tiempo en preguntar tonterías! Pero ya que usted me consulta, la cortesía me ordena responderle. Y le respondo, que deben salir al mismo tiempo los dos. ¿O cree usted que Dios es un juez municipal que libra de ir á la cárcel á los condenados en juicio de faltas que tienen dinero, y mete en ella á los que carecen de él? Esto, claro es, en el caso de que hubiese Purgatorio. Que *pa* mí que no.

Poesías festivas anticlericales

Cuatro tomos, á peseta cada uno.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID